

INDIVIDUALIDAD

Intento escribir esto... Intento escribir esto, siendo lo más única, original y creativa posible, pero ¿en qué medida puedo ser “única” o aún mejor “original”? ¿Cómo sé que “mis” ideas son realmente mías? ¿Cómo estar segura de que no son el eco de los pensamientos de mi madre? ¿o qué tal si son de mi amiga en Laos? ¿Son mis pensamientos míos u obedecen a la influencia de alguien más? Ya este dilema ha sido planteado con mucha anterioridad a mi ensayo, y ha causado revuelo entre grandes pensadores como René Descartes y John Locke. Por su lado Descartes en su obra “Meditaciones Metafísicas” sostiene la existencia de ideas innatas, y argumenta que ciertas ideas están presentes en la mente desde el nacimiento, independientemente de las experiencias que hayamos tenido. John Locke tenía una posición diferente, en su “Ensayo sobre el entendimiento humano” presenta su teoría del empirismo, la cual sostiene que el conocimiento proviene exclusivamente de la experiencia, y que al nacer la mente es una pizarra en blanco, que se llena con ideas a medida que interactuamos con el mundo. En este ensayo, abordaré desde la perspectiva del empirismo la indivi(dualidad). La individualidad implica la singularidad de cada persona, su identidad única e irrepetible y si Locke tenía razón, cada experiencia única contribuye a la formación de la identidad y a las características individuales de una persona, esto implica las relaciones interpersonales y con el mundo general. Entonces, si mis ideas provienen del mundo que me rodea, no sería extraño encontrar que mis pensamientos vayan en consonancia con mi cultura, con el siglo en el que vivo, con la profesión a la que me dedico, con la religión que práctico, con la familia en la que crecí, con los amigos que tengo y porque no, con el contenido que consumo. Sin embargo, ¿Qué hay de la propiedad de uno mismo?, cada individuo es propietario de sí mismo, lo que significa que tiene el derecho de autonomía, y la capacidad para moldear su propia identidad de acuerdo con sus valores, deseos y aspiraciones. Pero como habrá podido notar mi estimado lector, nos encontramos en una encrucijada, si mis valores, deseos y aspiraciones están bajo la influencia de mi experiencia sensorial y la reflexión sobre esa experiencia ¿cómo podría moldear mi identidad de una manera única?

Mi respuesta a esto es, no es posible. En mi opinión no existe un ser humano 100% único, y me adelanto un poco con el fin de que mis palabras no sean mal interpretadas: SI, creo en la singularidad humana, y en su poder de creatividad, pero al hablar de individualidad estoy convencida que dicha individualidad es más una dualidad. En muchas formas la dualidad se manifiesta como una dicotomía: el bien y el mal, la luz y la oscuridad, el yin y el yan. Todas dicotomías complementarias. Como ser humano, estoy segura que mi individualidad ha sido influenciada por otros. Coloquemos un ejemplo más práctico sobre la mesa. Imaginemos estar en un salón, en este salón se encuentran 170 personas, estas 170 personas representan 50 países, si partimos de la premisa de que somos seres únicos, e individuales

¿Qué similitudes esperaríamos encontrar?, la respuesta estrictamente correcta sería: ninguna. Pero sorprendentemente, obviando diferencias de idioma, cultura y todas estas complejidades humanas, encontraríamos más similitudes que diferencias.

Esto fue lo que viví el año pasado. Me encontraba en Washington D.C en un evento que reunía a jóvenes entre 18 a 24 años, de todas partes del mundo, en esta sección en particular del programa, todos vestíamos nuestros trajes nacionales, y debíamos hacer una presentación de nuestras culturas. Cómo hondureña vestía un vestido de falda amplia, con revuelos, azul y blanco, llevaba con orgullo dos trenzas largas de lana, y sandalias de cuero que llevaban grabada la palabra “HONDURAS” en sus cintas, me sentía tan propia, tan única, tan orgullosa de estar representado mi bandera de cinco estrellas. Poco a poco el lugar se fue llenando de los trajes más hermosos y coloridos que en mi vida había visto. Uno a uno los países se presentaban, mostraban sus danzas, su música, sus idiomas, sus religiones, sus artes y yo no podía hacer más que quedarme boquiabierta. Llegó nuestro turno, el presentador anunció el nombre Honduras, bailamos “Candú” frente a 50 países diferentes; de repente El Salvador se unió a nuestro baile, luego Guatemala, República Dominicana, Laos, Azerbaiyán, Rusia, Georgia, Vietnam, y sin darnos cuenta el auditorio completo baila. Bailábamos, nos reímos, nos abrazábamos, nos movíamos al ritmo de danzas hondureñas, rusas, chinas, egipcias; no importaban idiomas, creencias, pensamientos, éramos uno solo disfrutando nuestras similitudes y abrazando nuestras diferencias.

Tuve que detenerme y salir de este huracán multicultural, y sentarme a apreciarlo con mis ojos. Lloré, lloré al entender que estaba ahí viviendo una de las experiencias más enriquecedoras, una que no me dejaría volver a ver el mundo de igual forma, sabía que después de eso no podría ver fronteras, no podría ver individuos, que en mi mente a partir de ese momento seríamos todos una dualidad. Una dualidad entre el simple ser humano y las complejidades humanas.

Concluyo con esto, es posible que mi intento de escribir, siendo lo más única, y original posible haya sido un tanto ingenuo. Mi voz no es solo un eco de las ideas de Descartes y Locke, que evidentemente están plasmadas aquí, sino también de forma menos evidente encontrarán un reflejo de las ideas de mis padres, de mis amigos de Honduras, de mis mentores, de mis líderes, de mis amigos internacionales. Sin embargo, esto no socava mi identidad; al contrario, reconozco que soy una dualidad, No rompo mi regla “no existe un ser humano 100% único”. Soy en un 99% mis experiencias, mi reflexión sobre estas, mis relaciones interpersonales, el mundo que me rodea, y un 1% de pseudo-autonomía.

Nataly Zúñiga